

A white dove is shown in flight in the upper left corner, set against a golden, textured background that resembles a stone or plaster wall. Below the dove, a yellow cloth is draped across the bottom of the frame, suggesting a tomb or a resting place. The overall lighting is warm and golden, creating a sense of hope and resurrection.

"AL TERCER DÍA RESUCITÓ"

UNA LECTURA BÍBLICO-ESPIRITUAL
DE LA EXPERIENCIA DE LA PANDEMIA

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE,
EL ANUNCIO Y LA CATEQUESIS

EL TIEMPO DE LA ESCUCHA

«Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y de todos los que sufren, son también las alegrías y las esperanza, las tristezas y las



angustias de los discípulos de Cristo, y nada es más genuinamente humano que no encuentre eco en sus corazones» (*Gaudium et spes*, 1). Así nos ha enseñado el Concilio. Y es con este espíritu, con apertura de corazón, que queremos dejarnos interrogar sobre las consecuencias que marcan a nuestro país –y no sólo- inmediatamente después de la pandemia del coronavirus.

Dirigiéndonos idealmente a los creyentes y a los no creyentes, como Pastores queremos proponer una “lectura espiritual y bíblica” de esta experiencia que nos compete a todos, en primer lugar como personas humanas.

Para nosotros, en especial para los cristianos, la mirada sobre todo acontecimiento de la vida pasa a través de la lente del *misterio pascual*, que culmina en el anuncio que Cristo «resucitó al tercer día» (1 Cor. 15, 4). Estas pocas palabras expresan el núcleo de la fe de la comunidad creyente, la confianza en una gracia que se nos donó y que continúa expandiéndose en el espacio y en el tiempo. Allí, para nosotros, el tiempo de los hombres y la eternidad de Dios se encontraron, convirtiéndose en el centro de la historia, el criterio fundamental, la clave interpretativa de toda la realidad.

Es tiempo de escuchar juntos la voz del Espíritu que Jesús nos entregó en la cruz (cf. Jn. 19, 30) y en el Cenáculo (cf. Jn. 20, 22). La tarea del Espíritu es hacer profundizar la verdad de lo que acontece (cf. Jn. 16, 13). Por lo tanto, trataremos de acercar nuestra realidad, dejándonos guiar por su voz, ante todo haciendo tesoro de las páginas de la Biblia que narran las últimas horas de la experiencia terrenal de Jesús: en aquellas páginas está conservado un espacio abierto en el que los creyentes pueden encontrar nuevamente al Señor, mientras que los no creyentes pueden sentir sus preguntas acogidas y cuidadas.

EL DRAMA DEL VIERNES

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt. 27, 46). En la narración evangélica, el grito salido del corazón de Jesús Crucificado permanece en ese momento sin



respuesta. Podemos imaginar que también los familiares de Jesús o sus amigos, los que permanecieron cerca suyo o los que se alejaron, hicieron propias aquellas palabras: «Dios nuestro, ¿por qué nos abandonaste? ».

En estos meses de pandemia, todos nos preguntamos el sentido de una experiencia tan imprevisible y trágica. «Se hizo oscuro en toda la tierra» (Mt. 27, 45): es como si aquellas tres horas, desde mediodía hasta las tres de la tarde del viernes, se hubieran dilatado, envolviendo nuestro mundo con las tinieblas del sufrimiento y de la muerte.

La pandemia reveló el dolor del mundo: lo produjo y producirá también en el futuro, con consecuencias económicas y sociales vastas y persistentes. Se trata de sufrimientos profundos: como la muerte de personas queridas, sobre todo de ancianos, sin la cercanía del afecto familiar, el sentido de impotencia de médicos y enfermeros, el desconcierto de las instituciones, las dudas y las crisis de fe, la reducción o la pérdida del trabajo, la limitación de las relaciones sociales.

La pandemia también despertó bruscamente a quien pensaba poder dormir seguro en el lecho de las injusticias y las violencias, del hambre y de la pobreza, de las guerras y las enfermedades: desastres causados en buena parte por un sistema económico financiero fundado sobre la ganancia, que no logra integrar la fraternidad en las relaciones sociales y el cuidado de la creación. El coronavirus dio una sacudida a la superficialidad y a la despreocupación, y denunció otra pandemia, no menos grave, a menudo recordada por Papa Francisco: la de la indiferencia. La imagen del mundo, pintado de zonas rojas en base a la difusión del virus, hace pensar en la imagen bíblica de la tierra “roja”, porque está mojada con la sangre del hermano que “grita” a Dios (cf. Gen. 4, 10).

Todo esto es como un resumen del grito de dolor lanzado del Crucificado hacia el cielo, casi como una acusación a Dios, una dramática pregunta de sentido hecha frente a la muerte: ¿por qué tanto sufrimiento en el mundo? Es un interrogante que resuena en el corazón de todos, creyentes y no creyentes, y que pide ser acogido.

Pero en el Calvario hay otra cosa. En las cercanías de la cruz están algunas mujeres, el discípulo amado, el centurión, Nicodemo, José de Arimatea: ciertamente pocas personas, pero representantes de un resto de humanidad capaz de “estar a los pies” de la cruz (cf. Jn. 19, 25) para acompañar a Jesús, para acompañarlo en la muerte, para garantizarle una sepultura digna. Aquel Viernes se revela así como un día no sólo de violencia y muerte sino también de piedad y de compartir.

Si miramos nuestro presente a la luz de esta escena, no podemos no reconocer que, ante todo, los médicos, los enfermeros, los agentes sanitarios están “a los pies” de la cruz de las personas contagiadas. Los ministros de la comunidad, los colaboradores pastorales y los voluntarios, los catequistas y agentes de las Caritas aliviaron las pobrezas materiales, psicológicas y espirituales. Los periodistas llevaron imágenes y palabras de esperanza en las casas, hospitales, centros para ancianos y en las estructuras de detención. Las fuerzas del orden y muchos voluntarios realizaron su servicio a la comunidad con coraje y dedicación. A las normas restrictivas dadas por las instituciones nacionales y locales, los ciudadanos respondieron sustancialmente con gran sentido de responsabilidad.

Aunque si a veces no faltaron las dificultades, las familias se revelaron como espacios de relaciones nuevas, verdaderas y propias “Iglesias domésticas” en las que floreció la oración, la celebración del tiempo de Pascua, la reflexión y las obras de caridad. También así se volvieron a descubrir aquel “sacerdocio bautismal” y aquel “culto espiritual” que no siempre reciben el justo espacio en la vida de nuestras parroquias.

Las confesiones cristianas se reunieron para hacer algunos momentos de oración, profundizando los tradicionales lazos ecuménicos; y algunas comunidades musulmanas y de otras religiones expresaron su cercanía y solidaridad.

Por lo que se ve, el Viernes santo de la historia humana trae consigo el abismo del dolor, pero también gestos nuevos de fe y caridad, adherentes a las fragilidades y atentos a las relaciones personales. Nunca como ahora los llamados del Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* suenan como un verdadero programa pastoral: «La realidad es superior a la idea» (Nº 231); «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y sucia por haber salido a las calles, más bien que una Iglesia enferma por la cerrazón y la comodidad de agarrarse a las propias seguridades» (Nº 49); «Tenemos que dar a nuestro camino el ritmo saludable de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y anime a madurar en la vida cristiana» (Nº 169).

EL SILENCIO DEL SABADO

«Y fue sepultado» (1 Cor. 15, 4). Después de la muerte, Jesús se dejó bajar de la cruz, extender en la tierra, envolverse en las telas, poner dentro del sepulcro, oscurecer por una



gran piedra. Lo que el cuerpo de Jesús sufre es una pasividad preciosa, que revela nuestra misma pasividad: venimos al mundo porque fuimos queridos y acogidos por otros, somos alimentados y vestidos por otros y, al final, no seremos más dueños de nuestro cuerpo sino entregado a los demás y a la tierra. Lo queramos o no, somos “dependientes”, somos limitados.

El virus dio un golpe fatal al delirio de omnipotencia, al cientificismo autosuficiente, a la tendencia prometeica del hombre contemporáneo. Creó una profunda inquietud, casi un trauma planetario, especialmente en las zonas ricas e industrializadas de la tierra: un desconcierto espectacular respecto al sentido de seguridad que se convertía fácilmente en bravuconería. Imprevistamente, también esta parte de humanidad tuvo que hacer cuentas con el límite, con la propia entrega en las manos de otro, con una gran piedra en la entrada del sepulcro.

Y se ha dado cuenta, como lo recordó Papa Francisco, que «estamos en la misma barca» (27 de marzo de 2020): no existen barcos seguros y balsas salvavidas, sino un gran ferri en el que pocos creían poder reservarse compartimentos privilegiados. Ahora - podría decirse - «estamos en el mismo sepulcro»: compartimos miedo y muerte, ansia y pobreza. Todos, sin distinción, estamos apurados para salir del sepulcro. Quisiéramos resurgir enseguida después del Gólgota. Pero en este apuro se esconde una tentación: la de considerar la pandemia un feo paréntesis antes que una prueba para crecer; un *chrónos* que hay que hacer correr lo más rápidamente posible antes que un *kairós* para tomar y del que dejarse amaestrar.

El día después de la muerte de Jesús está marcado por el silencio. No un silencio vacío sino lleno de la espera y el compartir. «De las cosas que padeció» (Heb. 5, 8), Jesús aprendió la obediencia. El sufrimiento, que en cuanto tal nunca debe buscarse y procurarse, puede convertirse en escuela. En las vicisitudes dramáticas de un acontecimiento que no hemos elegido, se nos da la posibilidad de entrar con humildad para purificar nuestra mirada y nuestra fe.

Lamentablemente, en estos meses también se lanzaron interpretaciones teológicas engañosas y erróneas sobre los orígenes de la pandemia, presentada como castigo o flagelo de Dios por los pecados de los hombres. Son interpretaciones que tienen el sabor amargo de las palabras de los amigos de Job que, presumiendo dar una explicación “lógica”, terminan por no escuchar el dolor de los sufrientes y, por lo tanto, no piensan según el Dios de la Biblia.

En el silencio del sábado, surgió otra actitud: la tentación del milagro. Algunos gestos, que poco tiene que ver con la humilde pureza de la liturgia, revelan más bien la fatiga de permanecer en el sepulcro, compartiendo las preguntas y las ansias de toda persona frente a la muerte, aceptando dirigirse con madurez y reverencia al Dios que es omnipotente en el amor.

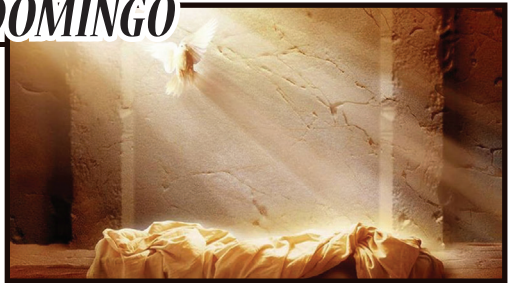
La experiencia de este tiempo volvió a proponer con fuerza otro importante aspecto propio del sábado santo; el ayuno eucarístico. Surgió un sincero apego de muchos presbíteros y fieles a la liturgia

de la Misa y la comunión. El estrecho lazo entre el cuerpo eucarístico y el cuerpo eclesial –de aquí la célebre expresión “la Eucaristía hace a la Iglesia” - se mostró una vez más verdadero, porque es vivido como falta. Pero la escena era insólita: por un lado, el cuerpo eucarístico era representado en el altar por los presbíteros; por otra parte, el cuerpo eclesial en su forma de asamblea estaba obligado a permanecer lejos del altar, de la mesa y de la comunidad. Se trataba de una separación innatural, ya que las transmisiones televisivas podían en parte suplir, integradas por las celebraciones domésticas. No obstante, también el ayuno eucarístico prolongado pertenece a la experiencia del estar en el sepulcro en espera de la resurrección. Del compartir la situación a la que muchas comunidades cristianas esparcidas en el mundo están obligadas, debido a la persecución o la escasez de sacerdotes, se puede aprender a apreciar más la celebración eucarística y el servicio hecho a los hermanos (cf. 1 Cor. 11, 17-29)

Permanecer en paz y con coraje en el sepulcro no es de hecho fácil: pero es un pasaje necesario hacia la escucha atenta de los hermanos, hacia un compartir profundo de la fragilidad, hacia la recuperación de un silencio orante, hacia un confiar auténtico en el Señor.

LA ESPERANZA DEL DOMINGO

«Resucitó... y se apareció» (1 Cor. 15, 5). El anuncio del “tercer día”, lanzado por san Pablo en el kerigma de la Carta a los Corintios, resuena en las formas de los himnos y narraciones a lo largo de todo el



Nuevo testamento: las así llamadas “apariciones” son experiencias únicas, capaces de renovar en profundidad la vida. Atravesando la muerte, Jesús cambió la dirección de la historia. No se trata de su privilegio exclusivo: él resucitó como «primicia de quienes murieron» (1 Cor. 15, 20), como «primogénito de los muertos» (Ap. 1, 5), como el primero de todos, porque abre el sepulcro de cada uno de nosotros.

Jesús resurge sólo al tercer día, cuando ya la muerte parecía haberlo tragado para siempre, cuando la piedra parecía haberlo sepultado definitivamente. Sólo al tercer día. Porque la resurrección es verdadera y creíble cuando abraza la muerte y la sepultura: el cuerpo de Jesús resucitado es plenamente “transfigurado”, porque antes había aceptado ser completamente “desfigurado”. Su gloria resplandece, porque pasó a través de una plena solidaridad con los hombres: recogió todo lo humano, también en sus aspectos más horribles.

La pandemia puso a prueba el anuncio de la esperanza cristiana, la “bienaventurada esperanza” de la que habla la liturgia. Tal vez puso a la luz los límites de una predicación demasiado abstracta sobre la vida eterna, apresuradamente preocupada, cuando no simplemente silenciosa, de posponer al más allá sin permanecer el tiempo justo en el Gólgota y en el sepulcro. A pesar de los intentos de renovar el anuncio de la esperanza cristiana (cf. Benedicto XVI, *Spe Salvi*), nos quedamos anclados en una concepción según la cual la inmortalidad y la resurrección son temas del “post”: se refieren sólo a lo que seremos después de la muerte. En la cultura occidental, temas como el fin y el más allá fueron en buena parte removidos. La muerte, incómoda y fastidiosa, sufrió dos intentos de neutralización: con el silencio o, al opuesto, con la espectacularización. La vida eterna, con todos sus aspectos - juicio, paraíso, purgatorio, infierno, resurrección - es banalizada y relegada en el estante de la evocación simbólica: dos intentos de excluirla del horizonte terrenal, de las cosas humanas sobre las que vale la pena apuntar.

Para nosotros los cristianos es una cuestión de lenguaje, pero es sobre todo una cuestión de experiencia y testimonio. El lenguaje ciertamente tiene que ser actualizado, no sólo a nivel teológico, sino también en la praxis pastoral y de la predicación; pero sobre todo es necesario saber tomar los signos de la vida eterna en la vida terrenal de todos los días. El Evangelio de Juan a menudo anuncia la vida eterna y la resurrección en el presente, por ejemplo con las lapidarias palabras de Jesús a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn. 11, 25). Quien camina hacia una línea de meta deseable, acepta también las fatigas del itinerario sin perder el ánimo; quien camina en la esperanza de la vida eterna encuentra huellas de eternidad también en el gesto de dar un vaso de agua a un pequeño (cf. Mt. 10, 42). Evangelio en la mano,

el formulario del examen final será muy simple: « ¿Me asististe cuando tuve hambre y sed, estaba desnudo y pobre, era extranjero, estaba enfermo o encarcelado?» (cf. Mt. 25, 31-46).

En definitiva, «en la tarde de la vida seremos juzgados en el amor» (San Juan de la Cruz). El anuncio de la esperanza cristiana (Ro. 5, 5) es totalmente distinto que alternativo a la esperanza humana: haberlo presentado algunas veces como una recolección de verdades abstractas, separadas de la existencia terrenal y de sus esperanzas, llevó a la acusación de alienación, ilusión o fantasía compensativa. La escatología cristiana es en realidad una antropología que reclama plenitud, una caridad que comienza a tomar cuerpo en el presente y se orienta a su cumplimiento. Sin este horizonte, cada germen de amor, cada proyecto, cada deseo y sueño irían a romperse inexorablemente: nuestra vida en la tierra sería verdaderamente un engaño si fuese suficiente un virus o un terremoto, una distracción en auto o un momento de desesperación, para que todo termine, para siempre.

La esperanza cristiana se funda en la experiencia que la comunidad creyente hace del Resucitado. En efecto, después de ocho días de la resurrección, los discípulos se encontraban todavía en el cenáculo, en una casa, con las puertas cerradas (cf. Jn. 20, 19). Tienen una percepción angustiante del riesgo que corren fuera de aquel ambiente que ahora sienten como seguro pero que a la larga saben que es demasiado estrecho. Allí los alcanza el Resucitado, en el ambiente cerrado en el que se refugiaron: el encuentro se da ante todo el primer día después del *shabbat*, es decir, el primer día laboral después del de descanso y fiesta. El Resucitado viene a activar procesos de vida evangélica en el tiempo cotidiano de los discípulos.

No se dice cuánto se quedó con los discípulos: se puede presumir que lo hizo todo el tiempo necesario para serenarlos, para darles una catequesis sobre los misterios de la fe y motivarlos a un nuevo estilo de vida. Si por una parte el trauma de la muerte violenta de Jesús había desorientado a los discípulos y los había hecho encerrar en sí mismos, por otra parte, había paradójicamente impulsado preguntas como aquéllas de Tomás - «Si no veo en sus manos el signo de los calvos y no meto mi dedo en su costado, yo no creo» (Jn. 20, 25) - que ahora encuentran una respuesta en el Resucitado.

El evento de la resurrección de Jesús pone nuestro deseo de vida en un horizonte de posibilidad real. Su resurrección comporta la definitiva transfiguración del cuerpo, la entrada de la carne en la dimensión divina. Su cuerpo terrenal fue investido por el Espíritu y glorificado, anticipando la resurrección final de cada uno de nosotros: «Su resurrección no es una cosa del pasado; contiene una fuerza de vida que penetró el mundo. Donde parece que todo ha muerto, de todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza sin igual. Es verdad que muchas veces parece que Dios no existe: vemos injusticias, maldad, indiferencias y crueldad que no disminuyen. Pero es también cierto que en medio de la oscuridad comienza siempre a abrirse algo nuevo, que pronto o tarde produce fruto. En un campo llano vuelve a abrirse la vida, obstinada e invencible. Habrá muchas cosas feas; a pesar de eso, el bien siempre tiende a regresar transformada a través de los dramas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer en nuevas formas, y de hecho el ser humano es renacido muchas veces por las situaciones que parecían irreversibles. Esta es la fuerza de la resurrección y toda evangelización es un instrumento de tal dinamismo» (*Evangelii Gaudium*, N° 276).

PARA UN CAMINO CREATIVO

Una lectura pascual de la experiencia de la pandemia no puede plantear el simple regreso a la situación de antes, augurándose reprendre el arado allí donde se estuvo obligado a dejarlo. La experiencia del Viernes y del Sábado - la permanencia en la cruz y en el sepulcro - no puede ser más vivida por los cristianos como un paréntesis que hay que cerrar lo más rápido posible: más bien tiene que convertirse en una *parénesis*, es decir, una exhortación, una invitación a madurar una existencia diferente. Resuenan una vez más las palabras de Papa Francisco: «La pastoral en clave misionera exige abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se hizo así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de volver a pensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (*Evangelii Gaudium*, N° 33).

La cruz y el sepulcro pueden convertirse en cátedras que enseñan a todos a cambiar, a convertirse, a poner oídos y corazón en los dramas causados por la injusticia y la violencia, a encontrar el coraje de hacer gestos divinos en las relaciones humanas: paz, equidad, mansedumbre, caridad. Estas son los brotes de resurrección, los destellos del Domingo, que hacen concreto y creíble el anuncio de la vida eterna.

Si habremos aprendido que todo es don, si de esto surge un nuevo estilo personal y comunitario, que renuncia a la queja y a la arrogancia, y adopta el compartir, el agradecimiento y la alabanza, entonces la pandemia nos habrá enseñado algo importante. La habremos vivido, leído y elaborado escuchando al Espíritu y participando en el misterio de la Pascua de Jesús, Crucificado y Resucitado.

Entonces, volvamos a partir como comunidad eclesial sobre los pasos del hombre de nuestro tiempo, animados por la ternura y comprensión, por una esperanza que no defrauda.

